

Hombres modernos

Fronte a la actividad de los republicanos en estos tiempos solicitaban por el lado a la opinión, notase también movimiento en los monárquicos, oreados por vientos europeos que les han susurrado el deber que tienen los hombres políticos de bajar las alturas del Sinaí para instruir al pueblo en la llanura sin los resplandores de rayos y el ruido de truenos.

Ayer hubo mitin republicano en Valencia, dando nueva lanzada a ese movimiento en sus pretensiones al arzobispado de Valencia que se llama Nozalea; pero también propagaron sus ideas en puntos distintos fuerzas liberales monárquicas que exponían su pleito al público juicio. El Sr. Canalejas en su viaje manchego, amparado por hombre tan activo como el conde de Castelar, D. Luis Felipe Aguilera, responde a tradiciones incansable propagandista, y nuevo aluvión var, llama al hierro de los sentimientos liberales con su voz elocuente para el despierto. D. Segismundo Moret y el despierto. D. Segismundo Moret y el despierto. D. Segismundo Moret y el despierto.

No place ese renacimiento a la vida de nación que se observa entre algunos liberales, y desearíamos verlo extendido y ejercitado desde las mismas alturas del Poder. Un régimen como el parlamentario, que se llama de opinión, sólo con el activo concurso del pueblo vivirá; morirá si se lo encerrara en la campana neumática de las Cámaras, aunque la ficción constitucional establezca que los oradores tienen la virtud de las hondas hertizanas, llegando con su influencia a la masa del pueblo que no asiste materialmente a los debates. Eso en días de apasionamiento político podría ocurrir; en tiempos normales de pesimismo y desaliento, son necesarios reactivos potentes para mover el espíritu nacional, y los partidos de gobierno españoles, tras de tantos años de apacible siesta en el Poder, tornando como canchales de noria, tienen mohosos los gómes, duros los movimientos, débil la herumbra que les sustenta, y sólo en la transformación rápida de su mecanismo hallarán los más activos elementos para el triunfo.

Tal como están formados los partidos españoles, desde el integrista a la izquierda republicana, más parecen Consistorios de obispos comodones que organismos de lucha. Ejercitos que así se constituyeron y maniobraron estaban perdidos. Con responder los elementos constitutivos de una sociedad a su valor medio, y aun no siendo la española modelo para nadie, paradoja que puede decirse que las agrupaciones políticas en nuestro país son inferiores colectivamente a los elementos del mismo. No dirigen al pueblo; van a remolque de las masas.

Ahora mismo, en este gran triunfo alcanzado por los periódicos impidiendo que Nozalea vaya a Valencia (porque no irá, diga lo que quiera el Gobierno, que oficialmente conoce su renuncia), los primates de los partidos hablaron cuando ya las trincheras estaban conquistadas; sus voces no fueron de ardimiento ni de mando; se constituyeron en arco iris lúcido tras la tormenta. El Sr. Montero Ríos aparece, según las palabras del ministro de la Gobernación, como inventor de la peregrina teoría caudales de que no deben los prelados ser impuestos a catonajes como los tiranos, cuando hasta los periódicos más modestos se habían hartado de recordarlo. Y así en todo. Tortugas de las ideas, la mayoría de nuestros encumbrados personajes estiman hiperbólico que el descanso sea penar, y por eso se destacan y aun resquebrajan sus conchas los pocos hombres que, como Moret, Canalejas, Romanones y el mismo Romero Robledo y el propio D. Francisco Silvela, en sus épocas de mayores ilusiones, acudieron a la única fuente inspiradora que se conoce en las democracias: al pueblo.

Esa resurrección de procedimientos liberales importa ayudarla eficazmente: a los hombres que aceptan la lucha en todos los terrenos, y sufren los embates de los adversarios, y aceptan las molestias de un trabajo rudo, y sufren gastos, y entregan su actividad y su inteligencia al servicio de la causa que defienden, se les debe respeto por los que no comparten sus opiniones y adhesión y entusiasmo por los que las defienden.

Faltos como estamos de prestigio que gastó la realidad triste de los años últimos, con una juventud que aún no cuajó las esperanzas de la patria, será obra de sana política en todos los partidos granular a su confianza a los que muestran con su esfuerzo y decisión que son los únicos dignos de merecerla.

Y en ese anhelo patriótico deben estar conformes hasta los más extremos partidos si confluyen en el mismo sentimiento de amor a la patria.

A través del mundo

Acaba de morir en Stokeran (Baviera) a la edad de veintiocho años, un niño que ha padecido, por su desarrollo, dormir siempre en su primera cuna.

Hasta su muerte está criatura extraña ha conserado la apariencia y estatura de una niña de algunos meses, aunque su inteligencia adquirió un normal desarrollo, como habían apreciado los que con ella hablaban.

Una maravilla de mecánica es el reloj de la catedral de Strasburgo, construido en 1842. La noche de San Silvestre un gran número de invitados acudió a presenciar el espectáculo de ver cómo el reloj marcaba el primer año bisesto del siglo, después de un intervalo de ochocientos años. El mecanismo correspondiente a esta indicación no había tenido necesidad de funcionar.

La célebre máquina marcó con exactitud matemática el año, como asimismo todas las demás indicaciones correspondientes.

Nuestros lectores conocen el descubrimiento del radium y las maravillosas aplicaciones que

con él se pueden hacer, y también no ignoran lo caro que resulta obtener este cuerpo. Los periódicos ingleses dicen que un sabio llamado William Ramsay afirma existe en el corazón mismo de Londres una mina de él. Se trata de una fábrica de productos químicos que viene dedicándose a la extracción del uranio, y que desde hace muchos años acumulaba los residuos de su fabricación, los cuales contienen el precioso cuerpo.

La idea de prevenir los siniestros ferroviarios merced al cambio de ondas hertizianas entre los trenes en marcha, fue una de las primeras que concibió el descubrimiento de la telegrafía sin hilos.

En la línea austriaca de Ausig (Bohemia) se han hecho los primeros experimentos entre trenes en marcha y una estación, con resultados altamente satisfactorios.

Las aplicaciones del radium se multiplican. La última es que sirve para distinguir los brillantes falsos de los buenos. Colocados aquellos en la oscuridad en presencia de fluorescencias radio activas, aparecen opacos, mientras que los naturales resultan iluminados.

CASTELAR Y LOS FRANCESES

Una carta de Ferry

El periódico de París *Le Matin*, llegado hoy a esta corte, publica en las dos primeras columnas el hermoso artículo de Stéphane Lauzunne, dedicado al eminente tribuno español D. Emilio Castelar, de que nos envió extracto telegráfico nuestro corresponsal en la gran ciudad francesa.

Recordemos de ese trabajo una notable carta escrita por Julio Ferry, en 21 de febrero de 1883, y dirigida al ex presidente de la República española, felicitándole por su discurso pronunciado en el Congreso protestando contra la anexión de Alsacia y Lorena por el imperio alemán.

Dice así la carta:

«A D. Emilio Castelar, diputado a Cortes.—Madrid.

Señor diputado: El magnífico discurso que usted acaba de pronunciar ha conmovido profundamente los corazones de los numerosos hijos de la Alsacia y Lorena, a quienes los desastres del año terrible arrancaron de su suelo patrio. Ha puesto usted su incomparable elocuencia, su elevada clarividencia, el hombre de Estado y de gran historiadore al servicio de la eterna justicia; ha mostrado a Europa, empujando a intranquilidad con la paz armada, la causa primera de esta crisis de universal desconfianza, que pesa tan gravemente sobre la riqueza y el reposo de los pueblos. Sea usted alabado y bendecido. Para completar mi trabajo tuve la suerte de encontrar allí al padre Menni, al célebre padre Menni, tan atacado por el fácil escritor D. José Ferrández, que firma sus excelentes artículos con el pseudónimo *Un clérigo de esta corte*.

De las 80 religiosas que, como he dicho, hay en el manicomio para cuidar a las perturbadas, rara es la que no tiene una cicatriz.

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

—Adiós, espíritu Santo!

indecible para conservarlo todo limpio, callado y bello. Para el que no ha entrado nunca en un manicomio todo cuanto va allí claro es que lo extraña; pero sorprende más el silencio en que viven las enfermas.

«Esto parece una casa de locos, se dice al hablar de un sitio donde el vocerío es grande. Gran equivocación! En el manicomio de mujeres, como en el de hombres, no se oye volar una mosca. Cuando entra uno allí parece que se penetra en un edificio deshabitado, ser muy distinto al personaje de *La corte de los milagros*, que imaginó.

Entre locas

Pasemos por alto la sala de tranquilas, puesto que encierra escaso interés para ser descrita.

Lo más sugestivo, lo que desgraciadamente resulta más gracioso, es el puñado de furiosas.

En unión de los alienistas y de la superiora sor María de Santa Clotilde, modelo de virtudes y de corrección, penetramos en la sala de agitados.

La primera que se viene a mí al verme es una mujer joven, fea de natural y fuerte por adadadura.

—¡Hola!—exclama.—¿Quién eres?

—Diga usted que es el Espíritu Santo—me dice en voz baja el doctor Pico.—Es una religiosa perturbada que tiene la monomanía de casarse con el Espíritu Santo.

—Pues yo soy el Espíritu Santo—contesto disimulando la risa.

—¡Ah! ¿Tú eres D. Tomás Murguindo?

—El mismo.

—Entonces vienes a casarte conmigo?

—Justamente.

—Pues dame un beso.

—No, mujer, ahora no.

—¿Cómo que no? ¿Ahora mismo?

Y cogiéndome fuertemente por las solapas del gabán, me estrechó contra la pared y comenzó a besarme repetidas veces con gran pánico por mi parte.

Las personas que nos acompañaban a mi compañero Torres y a mí se interpusieron, logrando al fin apartar a la cariñosa perturbada.

Esta, convencida de que el besuqueo no podía seguir, comenzó a llorar, y me dijo:

—¡Ya lo ves! No quieren que me expanda con tu real majestad; pero ahora voy a darte por escrito la prueba de mi amor.

—Bueno, escríbela para otro lado—replicó.

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

ser muy distinto al personaje de *La corte de los milagros*, que imaginó.

Entre locas

Pasemos por alto la sala de tranquilas, puesto que encierra escaso interés para ser descrita.

Lo más sugestivo, lo que desgraciadamente resulta más gracioso, es el puñado de furiosas.

En unión de los alienistas y de la superiora sor María de Santa Clotilde, modelo de virtudes y de corrección, penetramos en la sala de agitados.

La primera que se viene a mí al verme es una mujer joven, fea de natural y fuerte por adadadura.

—¡Hola!—exclama.—¿Quién eres?

—Diga usted que es el Espíritu Santo—me dice en voz baja el doctor Pico.—Es una religiosa perturbada que tiene la monomanía de casarse con el Espíritu Santo.

—Pues yo soy el Espíritu Santo—contesto disimulando la risa.

—¡Ah! ¿Tú eres D. Tomás Murguindo?

—El mismo.

—Entonces vienes a casarte conmigo?

—Justamente.

—Pues dame un beso.

—No, mujer, ahora no.

—¿Cómo que no? ¿Ahora mismo?

Y cogiéndome fuertemente por las solapas del gabán, me estrechó contra la pared y comenzó a besarme repetidas veces con gran pánico por mi parte.

Las personas que nos acompañaban a mi compañero Torres y a mí se interpusieron, logrando al fin apartar a la cariñosa perturbada.

Esta, convencida de que el besuqueo no podía seguir, comenzó a llorar, y me dijo:

—¡Ya lo ves! No quieren que me expanda con tu real majestad; pero ahora voy a darte por escrito la prueba de mi amor.

—Bueno, escríbela para otro lado—replicó.

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

—Adiós, Espíritu Santo!

PÍDASE EL CATÁLOGO ILUSTRADO, QUE SE DA GRATIS

La desdichada madre respiró libremente. Toda su sangre se le había helado en las venas antes la idea de que su hijo pensara en ella. «¡Dios mío! ¿cómo se le podía saber...»

Subió rápidamente al cuarto de su hijo, encerró suavemente la puerta y miró... Tan bastrado se hallaba en sus reflexiones, que no oyó nada absolutamente y ni sospechó siquiera la solitud de su madre que velaba por él.

«¿Por qué se hallaba en la ventana de todos en el alfeiz con la frente entre las manos, miraba...»

Aunque sin luna, la noche era clara, y por encima de la ligera bruma que indicaba el curso del Osella, distinguía él la masa imponente del castillo de Sairmeuse, con sus torres y sus almenas.

«¿Cuántas veces había contemplado así, en medio del silencio, aquel castillo que encerraba lo que más quería en el mundo!»

Desde su ventana apercibía las ventanas de María Ana, y su corazón latía más fuertemente cuando las veía iluminarse.

«¿Por qué se hallaba en su cuarto de soltera! ¡Ahora se arroja para hacer sus alegrías, y mezclado con el de su padre, pronuncia otro nombre al implorar la bendición de Dios!»

Pero aquella noche no esperaba que ninguna luz brillara detrás de los cristales de las ventanas que quedaban.

«¡María Ana no estaba en Sairmeuse. ¡Había sido arrojada de allí!»

«¿Dónde se hallaba ahora? No tenía otro asilo, ella, acostumbrada a los refinamientos de la riqueza, que una miserable casucha, cubierta de paja, cuyos muros ni siquiera estaban blanqueados con cal, sin más pavimento que la tierra, sin nada que cubrirse en verano, que la misma tierra, lleno de polvo en invierno, como la carretera, y de barro en invierno.

Se hallaba obligada a guardar como una tímida lo que en su prosperidad caritativa había destinado a unos pobres.

«¿Qué hacía a aquella hora? ¿Quizás se hallaba leyendo?»

Al pensar en esto, el corazón del pobre Mauricio se hacía pedazos.

«¿Pero qué le ocurrió cuando poco después de media noche vio iluminarse el castillo de Sairmeuse?»

El duque y su hijo volvían, después de una comida de gala del marqués de Courton y antes de acostarse visitaban aquella noble residencia en que se vivieron sus días de infancia.

Por decirlo así, volvían a tomar posesión de ese castillo, cuya puerta no había quedado el duque de Sairmeuse hacía veintidós años y que Marcial no conocía.

Mauricio vio las luces correr en el patio y de habitación en habitación, y por todas las ventanas de María Ana se iluminaron.

Al ver esto el desdichado no pudo contenerse y lanzó un grito.

«¡Unos hombres extraños entraban en el santuario de una virgen donde él apenas se había atrevido a entrar con el primer momento!»

Flataban la alfombra con sus pies y quizás hablaban alto. Mauricio temblaba al pensar quizás en lo que su solente familiaridad hacían en aquellos momentos. Parecía verles examinar y tocar mil objetos amados de que una joven se desahoga, abrir los armarios y hasta quizás sacar los vestidos que ella se había confiado.

Hasta aquella noche Mauricio no había podido comprender que pudiera odiar a alguien como odiaba a esos Sairmeuse.

Desesperado se arrojó en el lecho, y por todo de la noche lo pasó pensando en la vida de María Ana y en buscar un resultado a sus ansiosas preguntas.

Despierto y levantado al ser de día por el parque como un alma en pena, temió y deseando llegar al momento en que se decidiera su suerte. La señora d'Escorval se acordaba de la veintidós necesidad de toda su autoridad obligarle a tomar algo. No se daba cuenta de que Mauricio nada sabía de ella.

Por fin, cuando dieron las once, salió.

Las landas de la Roche hallábanse das al otro lado del Osella. Mauricio fue a buscar para pasar el río un sitio donde había una barea, a un tiro de fusil de la casa de Escorval.

«¿Qué hacía en la orilla del río habiendo seis aldeanos, hombres y mujeres que miraban también al barquero.

Aquellas gentes no se fijaron en Mauricio. Hablaban entre ellos y él prestó oído.

Ayuntamiento de Madrid